

LEYENDAS URBANAS E HISTORIAS DE MI PAÍS

La Argentina es un país enorme. Su territorio es el más grande del mundo de un país de habla hispana. Abarca todos los climas. Tiene todos los accidentes geográficos. Pero, sobre todo, lo caracteriza su gente. Pueblos que habitan la Argentina desde hace siglos. Pueblos que buscaron su destino cruzando océanos y cordilleras para afinarse en esta tierra pródiga y generosa. Y tiene historias. Historias de las grandes: esas que todos conocemos como el Cruce de los Andes, la pintura de Antonio Berni, de Benito Quinquela Martín y de Raúl Soldi, la literatura de Jorge Luis Borges, de Leopoldo Marechal y de Victoria Ocampo, los descubrimientos científicos de Bernardo Houssay, de Florentino Ameghino y de Luis Agote, las luchas de mujeres como María Sánchez de Thompson, Cecilia Grierson y Regina Pacini. Esto nos permite decir que a la grandeza material de la Argentina, se suma la grandeza de su gente.

Y cada rincón de nuestro país tiene sus historias, quizá más pequeñas, pero no menos importantes.

En este libro, el historiador Eduardo Lazzari comparte esas historias interesantes de hombres, de mujeres, de espacios y de edificios que esperan ser contadas.

LEYENDAS URBANAS E HISTORIAS DE MI PAÍS



ISBN 978-987-4007-43-8

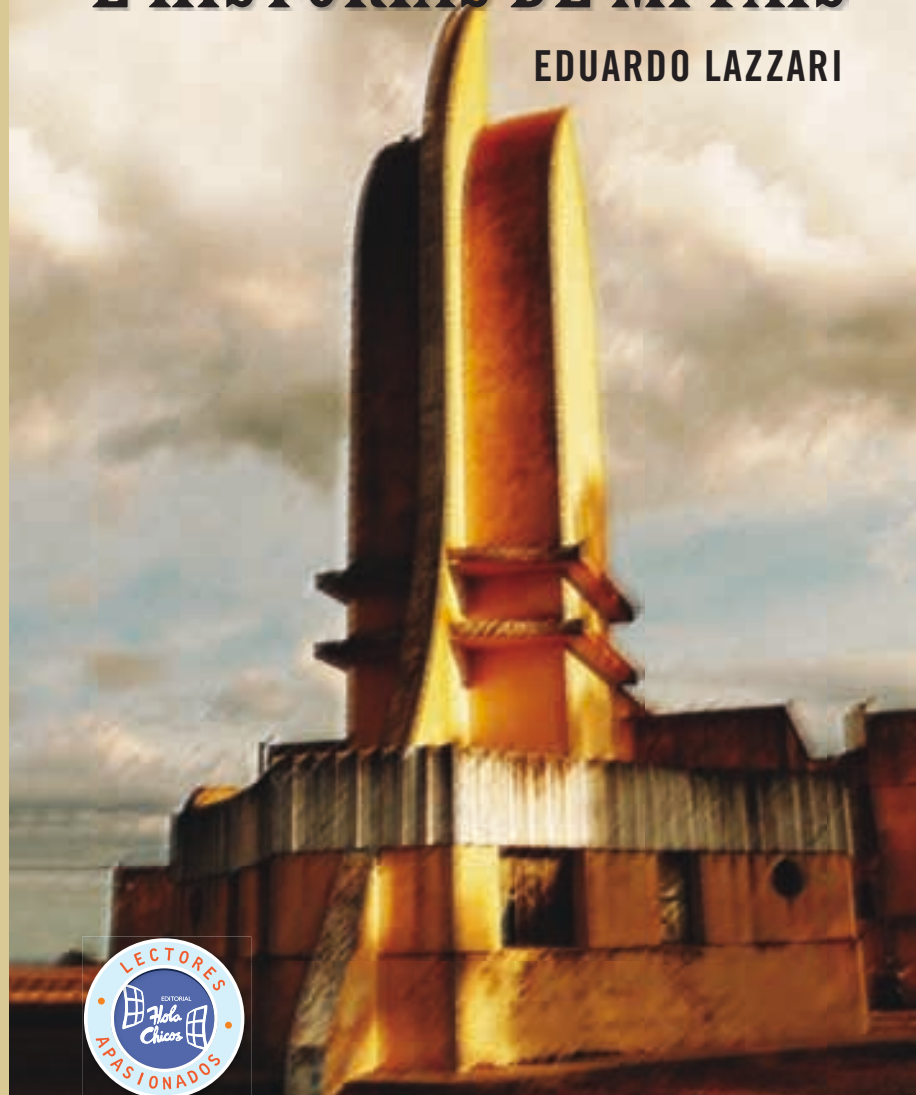


9 789874 007438



LEYENDAS URBANAS E HISTORIAS DE MI PAÍS

EDUARDO LAZZARI



NUESTRA
PATRIA

LEYENDAS URBANAS E HISTORIAS DE MI PAÍS

EDUARDO LAZZARI



Estamos seguros de que acabada la cuarentena, las familias se acercarán a una librería a buscar este libro, del cual les acercamos una parte para colaborar con la continuidad educativa. Evitemos las fotocopias y cualquier tipo de piratería. Ser respetuoso del trabajo de los demás es parte importante de la educación.

EDITORIAL HOLA CHICOS

Av. Callao 1.121 4° "D" (1023) CABA, Argentina.

Tel. / Fax (011) 4812-1800 / 4815-1998

e-mail: holachicos@editorialholachicos.com.ar

www.holachicos.com.ar

LEYENDAS URBANAS E HISTORIAS DE MI PAÍS

Autores: Eduardo Lazzari

Diseño de tapa e interior: Donagh I Matulich

ISBN: 978-987-4007-43-8

Producción gráfica de 3.000 ejemplares realizada por Printerra SRL
Febrero 2018

Lazzari, Eduardo

Leyendas urbanas e historias de mi país / Eduardo Lazzari. - 1a ed.

. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Hola Chicos, 2018.

160p. ; 20 x 12 cm. - (Nuestra Patria)

ISBN 978-987-4007-43-8

1. Leyendas Urbanas. 2. Argentina. 3. Leyendas. I. Título.

CDD 398.27

©2018 HolaChicos SRL

Queda hecho el depósito que establece la Ley 11.723
Libro de edición argentina.

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.



Índice



Introducción.....	5
1. Buenos Aires. <i>Francisco Salamone:</i> <i>el arquitecto de las pampas.....</i>	7
2. Catamarca. <i>Una gran voz que cocinaba</i> <i>las empanadas más ricas del mundo</i>	2 1
3. Chaco. <i>Capital Nacional de las Esculturas ...</i>	2 5
4. Chubut. <i>Los galeses y la historia</i> <i>del caballo “Mala Cara”.....</i>	3 1
5. Ciudad Autónoma de Buenos Aires. <i>Nombres para recordar.....</i>	3 9
6. Córdoba. <i>La docta por los jesuitas</i>	5 1
7. Corrientes. <i>La mansión de invierno.....</i>	5 7
8. Entre Ríos. <i>La modernidad al servicio</i> <i>de la integración</i>	6 3
9. Formosa. <i>Fotheringham</i> <i>y la casa memoriosa.....</i>	7 1
10. Jujuy. <i>Juana Moro, una mujer</i> <i>de la patria.....</i>	7 7

11. La Pampa. <i>Luro: el hombre que puso sonido a La Pampa</i>	81
12. La Rioja. <i>La postal de Famatina</i>	87
13. Mendoza. <i>Custodiada por la Cordillera</i> . . .	91
14. Misiones. <i>Capital Nacional de los Inmigrantes</i>	97
15. Neuquén. <i>Alejandro Bustillo: diseñador de ciudades, de espacios y de paisajes</i>	101
16. Río Negro. <i>El puente más largo del mundo</i>	107
17. Salta. <i>El tren de las nubes</i>	113
18. San Juan. <i>Una santa popular, sin discusiones</i>	119
19. San Luis. <i>Una joya de la integración</i>	123
20. Santa Cruz. <i>El perito Moreno</i>	129
21. Santa Fe. <i>El Maquinista Savio</i>	137
22. Santiago del Estero. <i>La más antigua</i>	143
23. Tierra del Fuego, Antártida e Isla del Atlántico Sur. <i>Un encuentro amable</i>	149
24. Tucumán. <i>La Generación del 80</i>	157

Introducción



La Argentina es un país enorme. Su territorio es el más grande del mundo de un país de habla hispana. Abarca todos los climas. Tiene todos los accidentes geográficos. Pero, sobre todo, lo caracteriza su gente. Pueblos que habitan la Argentina desde hace siglos. Pueblos que buscaron su destino cruzando océanos y cordilleras para afincarse en esta tierra pródiga y generosa. Y tiene historias. Historias de las grandes: esas que todos conocemos como el Cruce de los Andes, la pintura de Antonio Berni, de Benito Quinquela Martín y de Raúl Soldi, la literatura de Jorge Luis Borges, de Leopoldo Marechal y de Victoria Ocampo, los descubrimientos científicos de Bernardo Houssay, de Florentino Ameghino y de Luis Agote, las luchas de mujeres como María Sánchez de Thompson, Cecilia

Grierson y Regina Pacini. Esto nos permite decir que a la grandeza material de la Argentina, se suma la grandeza de su gente.

Y cada rincón de nuestro país tiene sus historias, quizá más pequeñas, pero no menos importantes.

Este libro es un intento de recuperar, rescatar y divulgar historias interesantes de hombres, de mujeres, de espacios, de edificios, es decir, historias que esperan ser contadas.

Y estas historias se cuentan desde cada lugar, desde cada lugar, desde cada provincia. Elegimos las provincias porque son representativas de un territorio y, sobre todo, de una identidad, que, sumada a cada identidad de las otras provincias, constituye la identidad de los argentinos y de la Argentina.

Esperamos que esta caminata por el norte, el sur, el este y el oeste se convierta en un recorrido por lo desconocido que merece ser encontrado.



Buenos Aires



Francisco Salamone: el arquitecto de las pampas

Hay personas que pasan por la vida dejando huellas, pero hay algunas pocas cuyas marcas son tantas y tan grandiosas que desafían el límite de lo posible. Esas personas parecen ser más de una porque, incluso, dejan huella en dos lugares distintos al mismo tiempo. Francisco Salamone fue una de ellas.

Nació en Italia, Sicilia, en un pueblito llamado Leonforte, en el año 1897. De muy pequeño vino con sus padres hacia la Argentina. La familia se instaló en Buenos Aires. Más tarde sería conocido como “el arquitecto de las pampas”.

Asistió a una escuela primaria pública, luego a la Escuela Industrial de la Nación, en el colegio conocido hoy como Otto Krause, y más tarde,



Matadero de Azul

a la universidad. En aquellos tiempos, ingeniería se estudiaba en el mismo lugar en el que se estudiaba arquitectura, y era una sola facultad. Para cursar esa carrera, se mudó a Córdoba y estudió en la Universidad Nacional. Bastante joven se recibió de Ingeniero Civil y luego de Ingeniero Arquitecto, como se lo llamaba en ese tiempo.

Desde muy joven, mostró una curiosa afición por el cine, a pesar de que este arte estaba en sus comienzos. Ahorraba los diez centavos que tenía que usar en el tranvía, para ir y volver del colegio, y con eso compraba la entrada. Ir al cine fue una costumbre que mantuvo durante mucho tiempo e influyó en su personalidad.

De grande, Francisco solía utilizar anteojos negros, como las estrellas de cine que él veía en las películas que tanto le gustaban. Hay gente que aún hoy, con noventa o noventa y cinco años, lo recuerda como ese hombre elegante, muy misterioso, y, sobre todo, de impactante personalidad.

Se casó con la hija de quien era cónsul de un país europeo y formó una familia en la cual nacieron dos varones y dos mujeres.

Desde siempre tuvo un carácter fuerte, además de mucha autoconfianza y una inclinación a hacer él mismo las cosas. Sintiendo preparado, empezó a participar de algunos concursos para

hacer determinados edificios. Se asoció a la Sociedad Central de Arquitectos, y salió segundo en uno de los certámenes, circunstancia que a él le pareció injusta. Logró demostrarlo y como no le hicieron caso, decidió retirarse de la Sociedad.

Fue un hombre muy actualizado con respecto a lo que pasaba en el mundo. Alrededor de los treinta y cinco años, comenzó a aplicar ideas novedosas en muchas construcciones. Por ese entonces, empezó a hacer unos trabajos muy interesantes en Villa María, donde tuvo una fuerte presencia. Realizó una de las primeras plazas de las muchas que haría usando un sistema que en ese tiempo no era habitual: hacía piezas pre-moldeadas en hormigón armado modular, es decir, que con la combinación iba haciendo las farolas, los bancos, las fuentes (la plaza Centenario de Villa María tiene una fuente en cada esquina).

Él se ocupaba de todo: el tipo de bladosa, qué dibujo iban a formarse en ellas, los arbolados. Analizando su obra, se puede suponer que era un hombre romántico, porque en todas las plazas que hizo a lo largo de su vida siempre destinó bancos protegidos por algunos árboles que generaban intimidad.

Fue allí mismo que realizó otra de sus piezas notables: un matadero. Con esta obra se comenzó

a ver más marcadamente su genialidad, hizo un edificio de un lenguaje muy moderno, muy funcional. Solamente en el muro perimetral de rejas ostenta un par de genialidades que algunos arquitectos admiran como verdaderas obras de arte.

Lo interesante de los mataderos, que cayeron en desuso porque cambió la forma de la industria de la carne, es que han podido ser resignificados, y en el caso de Villa María, es hoy la sede de una universidad.

A Salamone le gustaba hacer cosas con gran belleza, a pesar de que a muchos pudiera no gustarles el tipo de belleza que él elegía, pero no buscaba simplemente hacer un edificio que sirviera para lo que era su uso principal. En el matadero de Villa María, por ejemplo, hizo la torre del tanque de agua, que parece una especie de anticipo de los cohetes que había pensado Julio Verne, y que después el hombre haría realidad. Era un genio visionario y moderno.

Era moderno porque, entre otras cosas, utilizó al máximo los recursos que propició el ingreso del hormigón armado a la arquitectura. El hormigón armado en su forma líquida le permitía obtener la forma que se le quisiera dar. Él jugaba al límite haciendo grandes balcones, grandes voladizos, demostrando que con

el hormigón armado prácticamente podía hacer cualquier construcción, como grandes salones sin columnas, y eso maravillaba.

También maravillaba que estuviera en todos los detalles. Entre otras cosas, él elegía una por una las plantas de cada plaza, por ejemplo, le traían cincuenta rosales y él establecía el orden en que debían ser plantados. Era un hombre claramente obsesivo.

Estaba, además, convencido de que las cosas había que hacerlas bien. Sus obras están tan prolija y sólidamente hechas que, hasta el día de hoy, prácticamente, todas están en pie, aun aquellas que están abandonadas y habitadas por recuerdos de miles de historias, mitos y misterios.

Hacia 1935, empezó su momento cumbre. Todavía no había cumplido los cuarenta y durante cuatro años hizo algo que ningún otro arquitecto logró dentro de la historia argentina: llevó adelante cien obras simultáneamente, siendo él su director. Asombra pensar cómo pudo trabajar tanto un arquitecto que, en tan poco tiempo, tuvo que pensar la obra, diseñarla, hacer los planos y ejecutarla. Y todo con gran nivel de detalle y calidad.

El contexto histórico favoreció a Salamone en cierta medida, porque los Gobiernos decidieron, a

través de la obra pública, generar puestos de trabajo en una época complicada de la economía mundial.

Uno de los misterios que envuelven su vida y que surgieron en las investigaciones es que Salamone aparecía en los periódicos de cada uno de los pueblos a los que visitaba (las radios recién comenzaban, no había televisión, así que el medio de comunicación por excelencia en cada pueblo era el diario), pero eso ocurría el mismo día en localidades muy lejanas. ¿Cómo era posible que estuviera en dos pueblos tan lejanos como Guaminí y Coronel Pringles el mismo día si no había trenes que los vincularan, que era la única forma de transporte allí? La explicación era que tenía un avión y piloteándolo iba desde y hacia lugares donde aún no existían los aeroclubes.

Un detalle fundamental de su condición artística, quizás la gran creación arquitectónica de Salamone, fue descubrir que podía dar altura a la pampa. Intervenía el paisaje de un modo moderno, innovador, artístico y abundante.

Todos sus edificios están diseñados en las tres dimensiones: el ancho, el largo y la altura, y son contruidos para poderse ver desde el aire. El matadero de Salliqueló, por ejemplo, es como una pequeña cabeza de toro, con sus cuernos y sus ojos, pero si lo ves desde abajo, con su torre del tanque

de agua es una obra absolutamente modernista de los años 70, que parece un cohete espacial al revés. El matadero de Azul visto de arriba parece las criadillas del toro. Salamone miraba el mundo también desde y hacia arriba.

Tenía un sistema muy metódico para crear sus obras, que era ir al lugar donde le encargaban hacer una obra, estudiar el terreno y, teniendo presente el uso de la construcción a realizar, dibujar una acuarela. Se sentaba con un atril en el lugar y diseñaba el edificio que él imaginaba. Es gracioso ver cómo en las acuarelas pintadas en el sur de la provincia de Buenos Aires, aparecen palmeras, árbol que quedaba totalmente fuera de contexto. Para Salamone verdaderamente la arquitectura tenía la capacidad de la construcción de un paisaje.

Francisco realizó grandes audacias. Por ejemplo, en Pellegrini, decidió hacer la municipalidad en el medio de la plaza, hecho que, para la tradición argentina, en la que la plaza era algo central, tanto en la cultura urbana colonial como la liberal, era un sacrilegio.

La mayoría de sus edificios hacen gala de la simetría. En esta serie enorme de construcciones aparecen once municipalidades, cerca de veinte delegaciones, cementerios, que hay por lo menos

siete, unos veinte mataderos y gran cantidad de plazas. También una escuela y algunas viviendas particulares.

Salamone entendía el carácter del lugar y lo traducía en su obra, por ejemplo, en Coronel Pringles, un pueblo conservador, ofreció una obra recta. Las farolas son todas muy estructuradas. En cambio, en el alegre pueblo de Tres Lomas, las lámparas son con curvas hacia arriba. En Guaminí, que es un pueblo que ha conservado su población de 2500 habitantes a lo largo de cien años, sus farolas tienen un dejo de tristeza. Es asombroso percibir eso, ver que para cada lugar pensó cosas diferentes. No solo su obra es descomunalmente prolífica, sino que no se repetía.

También hacía juegos con las veredas, por ejemplo, en las plazas, donde él diseñó hasta las baldosas. Pero como el lenguaje decorativo era *art déco*, que está basado en la recta, uno puede descubrir en la plaza de Azul, en la plaza de Guaminí, o en la plaza de Coronel Pringles, unas ondas en distintos colores, que son como las ondas que se conocen de las playas de Copacabana, pero en vez de ser *art nouveau*, con juego curvo, aquí las tenemos rectas, y que, además, son una genialidad porque generan efectos

absolutamente psicodélicos (es importante que no perdamos de vista que estamos hablando de los años 1930).

Su obra en la provincia de Buenos Aires, que es donde se lo redescubre cerca de cuarenta años después de su muerte y sesenta años después de sus construcciones, comenzó en Balcarce, contratado por el gobierno municipal. Allí está la única escuela que proyecta Salamone en la que se puede, además, contemplar el único vitral diseñado por él, que es una exquisitez. En la plaza y frente a la vieja municipalidad, construyó un audaz monumento que tomó la pirámide original que se había hecho para el centenario de 1910 y generó una suerte de torta debajo, que algunos llamaron confitería... No hay pruebas de que se haya usado como tal, es la única obra que se demolió a los pocos años, no llegó a sobrevivir diez años porque muchos lo consideraban como un ataque al sentido patriótico de la pirámide.

Además de la escuela, construyó el matadero, que representa una evolución sobre el matadero de Villa María, porque la sala de faena tiene una planta octogonal que, vista de arriba, es como un cometa y el tanque de agua es claramente un misil. El edificio estuvo abandonado por décadas, pero, por suerte, ha sido recuperado.

También hizo la fachada principal del cementerio, construyó dos delegaciones municipales y realizó el diseño de la plaza, que es una verdadera genialidad con columnatas, bancos, faroles, un kiosco —el más excéntrico de los kioscos— y las pérgolas que se han conservado, además de las veredas.

Asimismo, dejó huellas en Chascomús, en Carhué, en Adolfo Gonzales Chaves y en Saldungaray. En esta última, en la fachada del cementerio, realizó su obra más audaz. Se trata de un disco de cerca de veinte metros de diámetro, hecho en hormigón armado, cuyo frente es una ruleta que está descentrada, como una metáfora de sus problemas con el juego. Delante de esa ruleta tramposa, con unas mayólicas azules, que contra la sierra generan un lugar extraordinario, hay una cruz de la cual aparece un Cristo brotando de la cruz.

Terminado su ciclo de obra bonaerense, se dedicó al pavimento en el norte del país. Luego de afrontar injustamente un proceso judicial, mostró un marcado deterioro de salud y se fue apagando su genio creador. De hecho, posteriormente a sus obras en los años treinta, solamente realizó tres construcciones: un edificio de viviendas, en la esquina de Ayacucho

y Alvear, en Buenos Aires, que hizo con el dinero que ganó en el juicio al salir absuelto, otro edificio, este sin ninguna gracia en la avenida General Paz y el río de la Plata, junto al cual había un galpón en el que comenzó a archivar algunas cosas, y aulas para el colegio al que iban sus hijas, en Vicente López.

Le hizo también una casa poco agraciada a su esposa, pues, por razones de salud de uno de los hijos, la mujer se fue a vivir a Mar del Plata.

Murió a los 62 años, el mismo día y hora y a unos pocos metros que su gran amigo, el arzobispo de Buenos Aires, monseñor Fermín Lafitte, el 8 de agosto de 1959. Hasta en su muerte tuvo la sutil belleza de la simetría.

Una paradoja de Salamone es que fue un hombre que tuvo mucho dinero y terminó muriendo en condiciones económicas bastantes precarias, al punto de ser sepultado en la Recoleta, en una bóveda que le prestaron unos amigos de la familia y de ahí lo trasladaron a otro panteón. Luego fue sepultado en un cementerio privado. Una ironía del destino es que, en la tumba de un perfeccionista y obsesivo genio, estaba mal escrito su apellido. El destino, a veces, juega extrañas humoradas.

Por alguna inexplicable razón, y es un misterio más que se suma a su figura, Salamone se

convirtió en un hombre olvidado a lo largo de casi medio siglo. Durante muchos años, después de su muerte, casi nadie habló de Salamone, y no hay una razón de ser, pero lo interesante es que su obra ha resucitado. Tal vez fue un genio que brilló demasiado temprano y el olvido lo resguardó hasta que el mundo estuvo listo para leer sus huellas.

